

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Y cuando despertó

En estos días calurosos parecería que la humanidad se divide entre los que les gusta el fútbol y los que les vale lo que pase en la cancha de césped. En países como el nuestro, la mayoría de la población parece pertenecer al primer grupo. Pero a lo mejor me equivoco en mi apreciación y lo que realmente sucede es que muchos le entran a la algarabía futbolera sin tener idea de lo que sucede en un partido de soccer. Pero sea lo que sea ahí han estado desvelándose y participando de sesudas discusiones en sus centros de estudio o trabajo o de plano en las reuniones de cuates (y cuatas).

Durante unas semanas, los mexicanos albergamos la esperanza de que nuestra selección era capaz de logros espectaculares. Quisimos creer que ahora sí no nos quedaríamos en el típico "ya casi", que es la marca de la casa. Nos sacudiríamos el estigma de país tercermundista que no queremos ser, pero para lo cual poco nos ayuda la realidad. Durante unos días colocamos sobre nuestras disputas la identificación con una oncená de jóvenes que encarnaban las virtudes que se nos niegan cotidianamente. Fuimos un país de ganadores merced al triunfo sobre croatas, ecuatorianos y un empate con sabor a gloria contra los italianos. Llegamos sobrados a nuestro cuarto y último compromiso. Ya nos habíamos situado a las puertas de las semifinales y por qué no, en un descuido, en la mismísima final.

Se nos había olvidado que el fútbol es un gran negocio y que desde hace muchos años antes que planear para obtener buenos resultados sus dueños buscan la ganancia fácil. Por eso la improvisación, el control de la Federación Mexicana de Fútbol, la corrupción arbitral, el compadrazgo y nepotismo, los torneos cortos, el poder de las televisoras y un largo etcétera que tiene a nuestro fútbol sujeto a las escasas proezas individuales. El fútbol es un fiel reflejo de lo que nos sucede como país. Tenemos una selección que se arruga fácilmente ante la adversidad. Pero también un Gobierno de ese tenor, sujeto a las ocurrencias de quienes deciden lo que nos conviene; y un sistema de impartición de justicia tortuoso, injusto e inhumano. ¿Cómo le podemos exigir más a los discípulos de Javier Aguirre? Sólo un milagro podría habernos llevado a semifinales, pero no ocurrió. Los triunfos son para los equipos preparados, que cuentan con el apoyo de su gente, pero en los cuales se han invertido recursos acordes con lo que de ellos se espera. En México la preparación se la encomendamos a la Virgen de Guadalupe y nos sentamos a esperar el milagrito: Y así nos ha ido.

Nunca había visto tal devoción por nuestra Selección. Horas antes del encuentro fatídico, las calles mostraban un entusiasmo patriotero difícilmente igualado. Ni las elecciones del 2 de julio de 2000 despertaron tanta pasión. Los automóviles lucían pintas con el ya típico "sí se puede" o "vamos muchachos". Nunca antes se habían vendido tantas camisetas de la Selección y banderas tricolores. El triunfo estaba asegurado; la celebración garantizada. Vicente Fox y su gabinete se reunirían en Los Pinos para dar rienda suelta al optimismo. Al cabo nuestro Presidente se especializa en porrras: Baste recordar aquella transmitida en el noticiero de televisión de Joaquín López Dóriga en ocasión de su toma de posesión o la que dirigió al otro día de la matanza de campesinos en el estado de Oaxaca. Además, el rival que tendríamos enfrente era nada menos que Estados Unidos, el país que despierta sensaciones encontradas de amor y odio.

El desenlace todo mundo lo conoce: Perdimos, siendo superados ampliamente por un equipo que pensábamos se asustaría cuando nos viera a la cara. Y, sí, nos vio la cara: Y no sólo eso, nos despertó a nuestra cruda realidad. Volvimos a ser los "ratones verdes", así bautizados por el legendario Nacho Trelles. El "Vasco" Aguirre lo dijo claramente: "Estados Unidos nos bajó a la realidad". Hubo muchos que creyeron que George Bush le había pedido a Vicente Fox que entregara el partido, tal vez a cambio de negociar el problema del agua. Si ya lo había presionado para que saliera Fidel Castro de la Cumbre de Monterrey, ¿por qué no pedirle el resultado de un simple partido de fútbol? La imaginación de los mexicanos no tiene límites, ¿verdad?

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.